III

SU ESPOSA: DRA. LAURA MARTÍNEZ DE CARVAJAL

No puede relatarse la vida del Dr. Enrique López, sin dedicarle un aparte a su esposa que fue también su inseparable compañera en el ejercicio profesional: Laura Martínez de Carvajal, Licenciado en Medicina y Cirugía y en Ciencias Físico-Matemáticas.

Sobre Laura han escrito destacados médicos, escritores y periodistas, entre los cuales se destacan: Ramón Ignacio Arnao en 1885, que escribió en «La Ilustración Cubana» cuando ella era estudiante; Manuel Calvo en «La Discusión» el 26 de noviembre de 1890, después que ella había terminado su carrera de Medicina; Bernardo Escobar Laredo le hizo una semblanza en su libro «Nuestros Médicos», en los comienzos de su carrera profesional (1892). También durante su vida escribieron: Pilar Houston, Félix Soloni, Octavio de la Suarée, Antonio Felip; y, ya fallecida; Roberto Pérez de Acevedo en 1941, Loló de la Torriente, Mercedes Pinto, Inés María de Lara, Dra. Ada Kourí, Hortensia Lamar, Fermín Peraza, Mariblanca Sabas Alomá, Marta Rojas y Marta Vignier; pero la que hizo una biografía completa fue la Dra. María Julia de Lara[1], en la cual condensó la vida entera de Laura desde su infancia, a través de su vida estudiantil y profesional, su retiro, vejez y muerte.

No hemos pues de referirnos en este capítulo, sino al período en que ella colaboró con su esposo, el Dr. Enrique López, y que fue el de mayor intensidad. Fueron veinte años que sin duda habían de constituir para ella una etapa plena de satisfacciones, tanto en su vida conyugal como en la profesional, puesto que en esta última participaba de sus éxitos, a los que contribuía con su afanosa colaboración; pero con todo esto, y durante todos estos años de lucha, no dejó de acompañarle a la vez una íntima tristeza y una preocupación constante por la incurable

1 Lara, María Julia: Cuadernos de Historia de la Salud Pública No. 28, La Habana, 1964.

enfermedad que padecía su esposo —lo que posiblemente contribuyó a la indiferencia y poca importancia que le daba a los goces materiales—. Sin embargo, su vitalidad era tal, como era asimismo su fuerza de voluntad, que este recóndito pesar no impidió que ella cumpliera debidamente con todo lo que la vida le fue exigiendo.

Laura nació el 27 de agosto de 1869, por lo que era doce años más joven que su esposo, y se casó en 1889 al terminar la carrera de Medicina y antes de cumplir los veinte años. No pudo el Dr. Enrique López haber encontrado mujer más comprensible para su temperamento austero, obsesionado por el trabajo y que en absoluto tenía en cuenta las pequeñas satisfacciones que hacen feliz a la inmensa mayoría. El carácter tranquilo, reservado y laborioso de Laura fue un complemento eficaz a la labor de su esposo. Tal vez, con toda su acometividad, no hubiese logrado lo que logró a pesar de su seria enfermedad sin la ayuda de su abnegada compañera.

A pesar de su inteligencia y cultura, Laura, —al igual que su esposo— no era aficionada a participar en conversaciones o discusiones, era más bien callada y reflexiva. En cambio, su actividad física era mucha. Con su presteza habitual y su andar ligero lo hacía todo al instante, en poco tiempo y sin esfuerzo alguno. Esto fue una poderosa ayuda para el Dr. Enrique López que al principio veía resuelto su deseo con una mera indicación y después de los años, ni siquiera esto era necesario ya que la compenetración entre ambos era absoluta.

Pocas veces se podría encontrar a Laura realmente desocupada. Esta condición suya correspondía perfectamente al deseo del Dr. López de ver a todos a su alrededor trabajando, ocupados en algo. Quizás podría pensarse que esta actividad de Laura, no usual en las mujeres de aquella época, que eran más bien indolentes, fuera consecuencia de la influencia de su compañero, pero no era así enteramente ya que su interés espontáneo en todo lo que le rodeaba la incitaba a dedicarse a una u otra cosa y sin el menor cansancio. Por eso, aparte de su trabajo profesional y la atención a su esposo, sus hijos y su hogar, lo mismo se ocupaba de hacer un injerto u otro trabajo de jardinería que aprendía en los libros, que de una labor delicada de costura o de algún quehacer culinario. Siempre estaba dispuesta a resolver lo que fuera, aun no siendo su obligación. Su aptitud para las cosas era variada y se complacía en su autosuficiencia.

El día, en su mayor parte, Laura lo tenía' ocupado con el trabajos de la Policlínica que en 1894 estaba instalada en O'Reilly 56, entre Habana y Compostela, en una hermosa residencia colonial, bellamente decorada. Por la mañana, allí se verificaban las operaciones, las curas difíciles y prolongadas y también se atendían a los clientes particulares. Por la tarde diariamente de 3 a 5 se daban consultas a los enfermos pobres. La clientela era muy numerosa y en los amplios salones de esta mansión donde eran atendidos estos enfermos la actividad era constante. Entre los jóvenes médicos que rodeaban al Dr. López y aprendían con él la especialidad, se podía ver a Laura activa y diligente actuando directamente con su esposo o atendiendo a los enfermos que a ella correspondían. Vestía sobriamente, saya y blusa, según la hechura de k época, que era entonces saya-amplia con la blusa de cuello alto y cerrado. Su pelo ondeado lo arreglaba simplemente en un moño alto. Todo en ella era sencillez, y su trato con los enfermos y con todos era dulce y amable a la vez que reservado. Con su prontitud habitual llevaba a cabo con seguridad y precisión lo que se relacionaba con la preparación y esterilización del instrumental, la preparación de medicinas que se utilizaban en la Policlínica, y, en general, de todo cuanto era necesario para el buen funcionamiento del establecimiento. También supervisaba el Servicio Interno de la clínica, que eran los operados allí ingresados, y daba las órdenes requeridas a la enfermera que se ocupaba de atenderlos. De igual manera compartía con su esposo y algunos compañeros médicos cuando, una vez terminada la consulta, se reunían en otra habitación y alrededor de una mesa conversaban, discutían y resolvían las disposiciones pertinentes a la publicación de los «Archivos», revista médica mensual dirigida por el Dr. López.

Terminada la labor diaria en la Policlínica, Laura regresaba con su esposo a su residencia en el Vedado, en Paseo y Primera, junto al mar. Regresaban en tranvía hasta Paseo y desde Línea caminaban cuatro cuadras hasta la casa. Entonces Laura acompasaba su paso ligero al de su esposo, que por la disnea que padecía tenía que caminar más despacio, deteniéndose a menudo para descansar.

Laura amamantó a cada uno de sus siete hijos, y con la ayuda de una manejadora que los atendía cuando ella estaba en su trabajo, pasaban los primeros años de la infancia. Llegados los seis o siete años, el Dr. López los enviaba a un colegio interno en los Estados Unidos.

De esa manera, aunque estaban lejos, ellos tenían la tranquilidad de que se educaban bien y aprendían otro idioma: el inglés.

En los pocos ratos qué le quedaban libres Laura se complacía en hacer por sus propias manos ropas para los más pequeños, que tenía junto a ella, así como para los que estaban lejos en el colegio. Era amiga de hacerles pequeños regalos, sobre todo libros, pero también juguetes o algo personal. Tanto Laura como su esposo eran bondadosos con sus hijos, pero jamás los consentían o malcriaban.

Una de las cosas que mayor goce le producía a Laura era su jardín. Todas las mañanas antes de ir al trabajo, así como al regreso a la caída de la tarde, cuidaba y regaba sus matas por las que sentía una verdadera devoción. Por su proximidad al mar, la casa de Paseo estaba fabricada sobre arrecife; era pues un terreno en que poco o nada se podía sembrar. Cuando el Dr. López decidió cambiar los dos solares que tenía en Paseo y 15, en la loma, por los de Paseo y Primera, junto al mar, todos sus amigos le dijeron que «cambiaba la vaca por la chiva», como. se dice vulgarmente; y para Laura fue una verdadera contrariedad pues sabía bien que allí no se podría recrear con sus plantas; pero el Dr. López hizo el cambio por creer firmemente que el aire del mar le haría bien a su salud; y para compensar el disgusto de Laura le construyó un jardín en la parte que se encontraba más distante del mar. Hizo traer cantidad de carretones de buena tierra y abono, y se construyeron canteros donde Laura sembró sus flores que fueron protegidas del fuerte aire del mar por una pérgola donde se enredaban matas de hipomea.

Laura amaba las plantas y los animales. Fue miembro del Bando de Piedad fundado y dirigido en aquellos años por Mrs. Jeanette Ryder[2], cococida benefactora, a quien Laura conocía personalmente y admiraba mucho. Decía Laura que en las plantas y los animales no hay maldad, como ocurre a menudo con los seres humanos, que provocan conflictos y guerras; por eso se comprende que a su nieto jamás le regalara juguete que pudiera sugerir el militarismo.

En la adolescencia, en el ambiente de sus padres, Laura aprendió a amar la música, la pintura y la literatura. De la primera se familiarizó con obras clásicas que gozaba de escuchar pero jamás se dedicó a este arte. La pintura la estudió en distintas ocasiones y su habilidad y los conocimientos que adquirió le sirvieron mucho para ayudar a su esposo con

2 **Mrs. Ryder empleó toda su fortuna para socorrer los niños y animales desamparados.**

los dibujos que ilustrarían sus escritos y el atlas de fondos de ojos, del cuál ya se ha hecho referencia. Con respecto a la literatura, cuya afición se la debió a su padre, fue poco el tiempo que pudo dedicarle durante su época profesional. Después se entregó más plenamente a este placer intelectual, inculcándole a sus hijos el gusto por la lectura de las grandes obras. Conocía bien la literatura clásica española, pero también le interesaba todo lo que se produjera en nuestro país.

Tuvo una gran preferencia por las obras de León Tolstoi, no solo por su contenido de hondo humanismo sino por la personalidad del autor en sí. En su conocido renunciamiento a la aristocracia a la cual pertenecía y su comprensión y acercamiento a la clase humilde y trabajadora tal vez halló cierta afinidad consigo misma; pues también Laura se sentía más atraída por la humildad y sencillez del campesino que por la vanidad y afectación frecuente del que reside en la ciudad.

Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas
Dirección B M.N
CNICM INFOMED